

El encanto del disfraz

Leda Rendón

Navegar en cualquier dispositivo electrónico es caminar por un centro comercial fetichista, erótico y existencial que modifica constantemente el mapa mental de los usuarios al tiempo que potencia el “deseo mimético”. Así Internet seduce con la ilusión de que contiene “todo”; nos descodifica y el artificio se consume cuando pensamos que la controlamos. El ciberespacio se antoja como una biblioteca de pulsiones privadas y públicas que potencia nuestra inclinación natural por el disfraz; pasión que evoluciona y nos modifica de manera permanente.

Las historias que se cuentan en la red imitan al libro, al cine, la radio y la televisión. Hay géneros como la minificción que han adquirido más fuerza gracias a las redes sociales. Es muy probable que, como ocurrió con el cine, Internet ya haya inventado sus propios mecanismos de comunicación narrativa. Facebook cuenta con mil millones de usuarios; Twitter con 517 y un país como México, por mencionar un ejemplo, tiene 112 millones de habitantes. El potencial dramático de los dos primeros no se ha explorado lo suficiente. Twitter y Facebook tienen el poder de la escritura y sus miembros saben que el mensaje, si interesa, se contagiará como un virus. Esto da una dimensión de cómo estas regiones ganarán el territorio mental de los usuarios con una misma ideología: coleccionar fragmentos de mundo, navegar por la superficie de las cosas y acceder al placer de forma inmediata. Hoy, las historias que se cuentan en este “Gran masturbador” contemporáneo toman de las artes y los medios de comunicación todo.

A lo largo de la historia muchos hombres han buscado ser otro(s). Conformarse con los límites de la propia carne es, para

algunos, vulgar: Poe, Dostoievski, Pessoa, Borges, etcétera. Las razones de los personajes en variadas narraciones —necesariamente proyecciones de sus autores— cambian: hay ocasiones en que la admiración se apodera de ellos (*El talentoso Mr. Ripley* de Patricia Highsmith); en otras las pasiones (*Othello* de William Shakespeare); en todas la envidia (*El silencio de los inocentes* de Thomas Harris). Queremos escuchar historias diferentes para volvernos otro(s), por eso regresar al cascado traje que significa la vida cotidiana ya no es divertido.

Deslizarse por territorios que desafían la moral, lo posible y lo cierto es lo común en el ciberespacio. Así, pensar que el contacto con seres humanos no es necesario puede ser lógico. Evadimos todo aquello que nos devuelve nuestra imagen tal cual es y quedamos estupefactos frente aquel artificio que nos hace “mejores”: coleccionamos fotos de Instagram por su pátina nostálgica porque mejoran la apariencia, compramos aplicaciones porque satisfacemos la ilusión de un mejor futuro. El disfraz nos habita porque el cambio es nuestra naturaleza. La personalidad múltiple es una condena. Todos estos artificios ayudan a construirnos día a día una máscara que se aliena con el resto de los navegantes. Ése que vemos y vivimos en la red es un *alter ego*.

El *yo* se transforma a lo largo de la vida. Ahora con Internet podemos cambiar de vestuario a cada instante. Esto puede ser porque para muchos es importante encontrarse en la mirada aprobatoria de los otros y para lograrlo están dispuestos a sacrificarse en casi todos los sentidos. Un caso de llamar la atención es el de Samantha Todd, estudiante canadiense de quince años, que se suicidó después de contar su historia de abuso cibernético en Youtube a través de fi-

chas de trabajo. Así las cosas no podemos dejar de preguntarnos: ¿cuáles son los riesgos del disfraz al surfear en la mancha voraz de la modernidad?; ¿en qué momento esta máscara se convierte en la propia piel?

En el caso concreto de Samantha la imagen devuelta es la del suicidio, pero existen biografías diferentes. Hay que tener cuidado, no vaya a ser que un día nos despertemos convertidos en cucaracha como Gregorio Samsa en *La metamorfosis*. Muchos queremos experimentar nuevas posibilidades en aras de acumular experiencias. Así la red se convierte en el verdugo moderno que toma la forma de *bullying* multimodal y global. Las prótesis que nos permiten comunicarnos: el teléfono y ahora Internet exacerbaban nuestros múltiples *yo* y aceleran crisis existenciales y amorosas porque despersonalizan y vuelven al individuo bidimensional. Asistimos a la idea de que en ella cualquier aberración es posible.

El sujeto como centro se pierde: estamos en una era medieval, como apuntara Umberto Eco. Al navegar somos parte de una sola conciencia; de una colectividad que funciona más como un panel. Tengamos en cuenta que el ideal de persona que teníamos ayer, hoy es diferente. Internet modifica nuestra apariencia, pensamientos y emociones. Ya la película *Matrix* anticipó una realidad de conexión permanente. La esclavitud es parte de la condición humana: caminamos hacia ella irremediablemente. Amamos la seguridad de nuestra jaula. El terror que inculca la película *Body Snatchers* no parece tan gratuito: unas plantas se apoderan de la conciencia de los hombres, la idea básica de la red es que el individuo sólo actúa en comunidad. Desaparece el individuo y sólo queda el disfraz cibernético. **U**